

RACISMO BLANCO
Y
RACISMO NEGRO
Apuntes para una historia no autorizada
del
imperialismo EEUU

Los enfrentamientos acaecidos este estío entre racistas blancos y racistas negros en EEUU (éstos últimos respaldados por multiculturalistas y progresistas blancos, además de por todo el poder mediático norteamericano), con motivo de la opuesta valoración de unos y otros sobre la Guerra de Secesión de EEUU (1861-1865), invita a realizar un análisis objetivo de la historia de ese país, hoy la potencia imperial todavía dominante a escala planetaria. A la vez, favorece la condena argumentada de todas las expresiones de racismo, se manifieste como racismo de los blancos o racismo de los negros. El racismo es siempre desigualdad, explotación, capitalismo, por eso el proyecto y programa revolucionario ha de sublevarse contra él en todas sus manifestaciones, y no sólo en algunas.

Tan intolerable es el racismo blanco representado por neonazis, supremacistas blancos y lo que sobrevive de esa horridez criminal conocida como KKK (Ku Klux Klan), como el racismo negro, heredero del Partido Panteras Negras (uno de los grupos más substancialmente supremacistas del siglo XX a escala planetaria), Malcolm X y sus manifestaciones actuales, todas ellas favorecedoras del capitalismo, el militarismo USA y el imperialismo yanqui, por tanto anti-revolucionarias. El racismo negro es hoy más útil y valioso para la máquina de guerra del Pentágono que el blanco, de ahí que ésa, y con ella todo el gran capitalismo globalizador de USA, lo protejan, premien y promuevan. Esto explica la toma de partido de todo el aparato mediático en contra del racismo de los blancos y a favor del racismo de los negros.

Revelar por qué y cómo se ha creado esta situación, así como su significación política actual y su evolución más probable, es aportar una herramienta analítica de importancia para promover el avance de la revolución popular, comunal e integral planetaria. Porque una cosa es la versión progresista, burguesa, de la historia de EEUU, que es la que se impone desde la escuela y los medios de comunicación, y otra la verdad de lo que sucedió.

El fundamento del progresismo es la mentira y la manipulación de las mentes, en EEUU tanto como en el Estado español. Aquí su

ejecutoria a partir de la Constitución de Cádiz, 1812, fue un genocidio secular, que arrasó con el comunal, eliminó las formas asamblearias de autogobierno municipal, infringió daños gravísimos al medio ambiente (que dos siglos después están convirtiendo la península ibérica en un cuasi-desierto), estableció una forma jurídicamente obligatoria de patriarcado, destruyó los sistemas de autogobierno parcial de Euskal Herria, Galiza, etc. (los de Cataluña ya las había extinguido el antecedente inmediato del liberalismo español, la monarquía centralista, en 1714), sometió a un adoctrinamiento permanente a la infancia con la escuela estatal obligatoria, concentró todo el poder y toda la riqueza en Madrid, estatuyó un régimen centralista español que saqueaba al campo para abastecer las ciudades a través de un sistema tributario confiscatorio que condenaba a la rural gente a la pobreza e incluso al hambre, estableció el servicio militar obligatoria para hacer operativo el colonialismo español, fomentó la acumulación y concentración de la propiedad (en particular, con las diversas leyes de desamortización civil, que arrebataron a punta de bayoneta a los pueblos sus tierras y otros muchos bienes comunales) dando con ello un impulso decisivo al desenvolvimiento del capitalismo, elevó al clero católico al privilegiado estatuto de cuerpo de funcionarios del Estado que se apropiaba de una parte conspicua del presupuesto estatal y convirtió al individuo en un rehén y una propiedad del Estado, reduciéndole a la condición de ser nada. La represión continuada y violentísima de quienes se resistían al liberalismo, en particular las gentes del agro de la mitad norte de Iberia, convirtió a nuestro siglo XIX en un baño de sangre continuado.

Todo ello se hizo con la Constitución de 1812, liberal y progresista, como herramienta.

En la historia de EEUU una función similar desempeñó el triunfo del Norte, de la Unión, sobre el Sur, o Confederación, en 1865, lo que se desea ocultar acudiendo a un recurso demagógico, en lo principal mendaz, la abolición de la esclavitud con la victoria del primero. Esto, que en los acontecimientos históricos reales fue un asunto de segundo orden, se ha elevado a cuestión decisiva, para encubrir que en dicha contienda la victoria de los unionistas significó el robustecimiento cualitativo del imperialismo EEUU y del capitalismo más agresivo, hasta ahora, de la historia de la humanidad.

Por lo demás, quienes temen que de este conflicto emerja un movimiento neonazi poderoso adscrito al recuerdo y mito de la Confederación se equivocan, pues en la actualidad el capitalismo de Occidente está promocionando al islam como ideología planetaria de extrema derecha, y al clero islámico como fuerza militante organizada en pro de la fascistización global. A su lado los neonazis, que si son tales y no un mero montaje policial con fines de intoxicación de la opinión pública, tienen que ser entusiastas del islam igual que Hitler y Franco, poseen una fuerza muy escasa, pues lo principal de los

recursos monetarios y apoyos mediáticos del conglomerado gran capital/Estado mundializador occidental se los lleva hoy el islam.

Los orígenes de régimen esclavista en América

Bartolomé de las Casas, en su célebre **“Brevisima relación de la destrucción de las Indias”**, editado en 1552, verifica que los pueblos indígenas americanos estaban siendo exterminados con rapidez, lo que dejaba a amplias áreas del territorio colonial español con escasez de mano de obra. Su propuesta es doble, por un lado frenar el maltrato a aquéllos para permitirlos sobrevivir y por otro traer trabajadores esclavos de África. Había observado que las comunidades indígenas del Nuevo Mundo que estaban en la fase de cazadores y recolectores no servían para el trabajo explotado, por falta de hábitos, de modo que había que acudir a la mano de obra africana.

La pregunta es por qué los africanos eran tan buenos trabajadores, en tanto que esclavos. La respuesta es porque los pueblos africanos conocían un sistema de trabajo esclavo a gran escala, que ocupaba todo el continente y que tenía siglos, o incluso milenios, de antigüedad. Los poderosos Estados esclavistas negros y las enormes haciendas de los terratenientes negros capturaban o criaban y adiestraban una mano de obra perfectamente adecuada al trabajo no libre. Los europeos se limitaron a comprar esclavos africanos a quienes los aprisionaban en guerras incesantes o bien los producían, las todopoderosas oligarquías negras de África. Por tanto, la esclavitud de los negros llegó a América como extensión del régimen esclavista africano, que fue trasplantado allí por los europeos. Por eso la aserción de Malcolm X de que no podía conocer su apellido porque los esclavistas blancos se lo habían negado a sus ascendientes es un despropósito, pues quienes hicieron esclavos a aquéllos no fueron los europeos sino otros negros, éstos esclavistas, de manera que es a ellos a quienes habría de haber culpabilizado por verse obligado a usar la X en vez de su apellido. Para averiguar sobre éste tendría que haber viajado a África, a la zona donde sus ancestros fueron apresados o criados como esclavos por otros negros...

La incapacidad de las sociedades negras africanas para superar la etapa esclavista, su lamentable fracaso en dejar atrás esta forma de trabajo explotador, es lo que está en la raíz del asunto, y es incluso el problema de fondo de las formaciones sociales africanas en la hora presente. Europa occidental eliminó de manera revolucionaria el régimen esclavista en la Alta Edad Media, aunque a partir del siglo XIII hubo una regresión, que llevó a retornar parcialmente a aquél, no obstante sólo para con gentes exógenas y en muy reducida cantidad (únicamente como esclavitud domestica), quizá con la excepción del norte de Europa (Escocia, etc.) donde al parecer hubo esclavos autóctonos hasta fechas recientes. La historia del esclavismo en África es perfectamente conocida, habiéndose publicado ya trabajos de

investigación de gran calidad. Pero sus formulaciones no llegan, por el momento, a la opinión pública porque el racismo antiblanco, que es hoy sostenido por el Estado de EEUU, lo impide, con el fin de que chovinismo racial de una parte de la población negra persista en su línea de victimismo y revanchismo, imprescindibles al capitalismo. Vulnerar, burlar y liquidar dicha censura forma parte de la lucha general contra todas las manifestaciones racistas.

Los conocidos como "*reinos negreros*" africanos se constituyeron hacia el siglo VII (justamente cuando en la península Ibérica ascendía la gran ola civilizacional y emancipadora de la revolución altomedieval, liquidadora de la esclavitud) y alcanzaron un máximo en la exportación de seres humanos entre los años 1760 y 1840. Los más activos fueron el imperio Ashanti, Dahomey, el imperio de Oyo, el país Igbo, la ciudad-Estado de Bonny, las ciudades-Estado yorubas y Benin, si bien hubo bastantes más. Significativo es el caso de Dahomey, que mantuvo una intensa exportación de esclavos hasta la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de las presiones británicas para que detuvieran la trata, ejercidas desde principios de esa centuria. El motivo era los enormes beneficios económicos que vender a sus compatriotas proporcionaba a la clase mandante y oligárquica negra. El régimen esclavista exigía continuas guerras entre las diversas potencias africanas, lo que devastó la economía de este continente y redujo su población. Por eso puede decirse que los problemas actuales de África son responsabilidad en primer lugar de los africanos, de sus clases mandantes y propietarias, y sólo secundariamente el colonialismo europeo y el neocolonialismo.

Cuando las potencias europeas declararon ilegal y perseguible la trata de esclavos, en 1807 Inglaterra y en años sucesivos las demás, las oligarquías negras africanas se negaron a colaborar, continuando con su infame comercio de manera clandestina, valiéndose del contrabando. Y cuando esto ya no fue tampoco posible hacerlo por mar, a mediados del XIX, persistieron en el régimen esclavista, manteniendo abiertos los mercados de esclavos en el interior, tierra adentro, donde la prohibición europea no podía tener efectos prácticos. Por ejemplo, una de las ciudades-Estado Yorubas, Lagos, tuvo un activo mercado de esclavos hasta su ocupación por los ingleses en 1851. En otra de ellas, Ibadán, cien familias negras poseían unos 50.000 esclavos y esclavas en fechas similares. Hay que señalar que en EEUU, ni tampoco en el resto de América, no hubo tan descomunal concentración de la propiedad de la tierra, del peculio inmueble, del ganado, de los metales preciosos y de la posesión de seres humanos, lo que dice muchísimo sobre las mentalidades y los hábitos de los africanos incluso en el presente.

Los primeros que crearon haciendas esclavistas en el exterior del territorio de los pueblos negros de África fueron los musulmanes norteafricanos. Pusieron a punto el sistema de captura y compra de esclavos negros para llevarlos coactivamente a los centros de trabajo, desde plantaciones hasta minas de oro, como mano de obra forzada.

Por ello tuvieron que sufrir numerosas rebeliones de esclavos, algunas convertidas en formidables guerras de liberación, que los musulmanes a duras penas pudieron reprimir. En el siglo X el Estado andalusí cordobés se servía a gran escala de esclavos negros, a los que utilizaba también como fuerza militar contra los pueblos libres del norte (Cataluña, Aragón, Navarra, Castilla, Asturias-León y Galicia-Portugal), en los célebres regimientos de soldados subsaharianos, práctica que se mantuvo durante siglos, pues en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, cientos, o tal vez miles, de esclavos negros sujetos con argollas y atados a estacas formaban la protección de la tienda del califa almohade, Muhammad al-Nasir. Las fuentes musulmanas afirman que en tal batalla participaron en su bando unos 30.000 negros, la inmensa mayoría esclavos. Como consecuencia, el racismo antinegro fue habitual y virulento entre los musulmanes de al-Andalus (Abderramán III fue un sádico racista), y lo sigue siendo hoy entre los musulmanes del Magreb.

Se ha dicho que islam y esclavismo son sinónimos, y eso es tan verdadero que la esclavitud de gente negra y mestiza sigue siendo común en Mauritania, Marruecos, Libia y otros varios países con Estado musulmán, lo que tiene lugar sin que apenas nadie lo denuncie, debido a la impunidad con el islam opera a nivel planetario, que le ha sido concedida por el imperialismo occidental, en particular por EEUU, Alemania, Francia e Inglaterra.

Los portugueses aprendieron de los islamistas norteafricanos el manejo de los esclavos negros, estableciendo ya en el siglo XIV factorías en determinados lugares de la costa africana, donde los cazadores de esclavos autóctonos llevaban a pie, en marchas espantosas por su dureza y alta mortandad, las caravanas de mujeres y hombres encadenados que eran vendidas a aquéllos. De los portugueses tomaron tan atroz comercio los españoles, que comenzaron a practicarlo, aunque todavía a muy pequeña escala, ya en el siglo XV. Su expansión y generalización aconteció con la llegada de los castellanos a América, debido a la escasa aptitud de muchos pueblos autóctonos para el trabajo servil, aunque este juicio no debe extenderse a aztecas e incas, que al padecer un orden estatal muy severo y al estar sometidos a un régimen de fuerte explotación por sus propias oligarquías, sí servían para el laboreo forzado.

El recurso a los esclavos negros era inevitable para los colonialistas españoles, también porque las gentes de los diversos pueblos peninsulares se negaron a marchar masivamente a las Indias, de manera que éstas sufrieron una escasez crónica de mano de obra. Tal negativo fue una manifestación de conciencia y práctica anticolonialista de los pueblos peninsulares, asunto que debe ser utilizado contra quienes, con fines de sobre-dominación, pretenden destruirnos psíquicamente con el fomento de la vergüenza de sí, la aculturación y el autodio. Como es sabido, sólo el 0,5% de la población

de los territorios de la corona de Castilla participó en la vil empresa colonialista americana, absteniéndose el resto. Es significativo que ahora se pretenda culpar del hecho colonial a las clases populares para de ese modo excusar a quienes realmente lo hicieron, las oligarquías estatales, antecedentes del Estado español actual. Para ello se suele usar la fórmula racista de “los blancos”, negándose a considerar que éstos estaban divididos en clases y diferenciados entre opresores y oprimidos, entre los que fueron a América como conquistadores y los que se negaron a ir, lo que fue decisivo en los hechos históricos examinados. El uso del término “los blancos” expresa y mide el racismo antiblanco de quienes lo usan.

Lo cierto es que la esclavitud de los negros en América tuvo dos responsables, los Estados africanos esclavistas y los colonialistas europeos. Y dos víctimas, los esclavos negros y los trabajadores blancos pobres. Fue, por tanto, un asunto en el que el racismo desempeñó un papel secundario.

La llegada de los anglosajones a la costa este de lo que es hoy EEUU a partir del año 1620, huyendo de la persecución religiosa que padecían en Inglaterra, no fue inicialmente acompañada del establecimiento de relaciones esclavistas, salvo de manera muy marginal. Eso sucedió más adelante, una vez que la nueva sociedad se afianzó como colonia inglesa. La meta original de los fundadores era constituir una sociedad de la libertad, donde cada cual viviera conforma a sus creencias, sin imposición ni coacción, con un aparato estatal débil y en ausencia de concentración de la propiedad y la riqueza. Eran pequeños propietarios, agricultores, artesanos y ganaderos, que vivían de su propio trabajo sin explotar a nadie, gobernándose por medio de asambleas locales y practicando la norma democrática del armamento general del pueblo, concretado en el derecho de cada persona a portar armas. Con los indígenas tuvieron relaciones que fluctuaron entre la cooperación amigable y el enfrentamiento.

Lo que describe al respecto Alexis de Tocqueville en **“La democracia en América”**, publicada en 1831, muestra un orden social en determinados aspectos admirable, que fue el que se expresa en la Declaración de Independencia de 1776 y luego en la Constitución de 1787, aunque ambos documentos manifiestan ya una tendencia hacia la instauración de un aparato estatal más desarrollado y el fomento del capitalismo. Thomas Jefferson es el ideólogo de esa sociedad, junto con Benjamín Franklin, y la lectura de su **“Autobiografía y otros Escritos”** es un ejercicio saludable a recomendar, como expongo con la adecuada extensión en **“La democracia y el triunfo del Estado”**. Su oposición a la existencia de un ejército permanente en tiempos de paz, rechazo de la prensa como elemento adoctrinados del pueblo, adhesión a la obligatoriedad moral del trabajo manual productivo para todos, entusiasmo por lo mejor de la cultura clásica griega y latina, exigencia de una total separación entre las iglesias y la política y repudio de la

propiedad privada concentrada se avenían mal con el establecimiento de haciendas esclavistas, aunque al final de su vida compró algunos esclavos (lo que manifiesta la existencia de grave fallo moral en la cosmovisión de aquél), falleciendo en 1826.

Por todo eso, incluso en vida Jefferson tuvo que padecer una campaña de ataques y calumnias, pues las fuerzas que deseaban constituir una minoría de hacendados y burgueses opulentos, desarrollando además el aparato estatal todo lo posible, con fines de opresión del pueblo en el interior y conquista en el exterior, eran ya visibles y poderosas. La guerra con Méjico de 1846-1848, que culminó con la derrota de ese país, el cual, por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, perdió más de la mitad de sus territorios, fue la primera vez en que EEUU se manifestó como un orden conquistador y belicista, aunque firmada la paz el ejército fue casi en su totalidad disuelto, quedando activo solamente un número testimonial de oficiales y soldados, destinados a la lucha contra los pueblos indígenas, que por el momento no era intensa.

Desde el siglo XVII Europa demandó enormes cantidades de productos hasta entonces exóticos, en particular azúcar de caña y tabaco, que eran destinados al consumo de las clases altas. El lugar adecuado, por sus condiciones climáticas, para tales cultivos era el sur de EEUU, donde se fueron estableciendo latifundios trabajados con mano de obra esclava, traída de África. Pero en el sur era sólo una minoría de la población la que poseía y explotaba esclavos negros, mientras que la gran mayoría se reducía a vivir del propio trabajo. Los jornaleros, semi-jornaleros y trabajadores autónomos blancos sureños estaban en contra del régimen esclavista, pues éste envilecía su propia actividad, rebajando los salarios, y constituía un patriciado hacendista que se hizo tristemente célebre por su arrogancia y matonismo, por su vida lujosa y derroche, el cual era un peligro inmenso para la libertad/libertades de las clases populares. Con todo, el gran momento del esclavismo fue el despegue de la revolución industrial en Inglaterra a partir de mediados del siglo XVIII, que al demandar colosales cantidades de algodón convirtió la trata de esclavos en un quehacer frenético, con grandes ganancias para los jefes africanos negros que cargaban de cadenas y vendían a sus compatriotas a “los blancos”. Fue la edad dorada del esclavismo en EEUU.

El orden político fundacional de EEUU se sustentaba en un régimen político descentralizado y construido de abajo a arriba, en el que cada Estado (son doce los que signan la Constitución de 1787: Nuevo Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia y Virginia) era soberano y permanecía voluntariamente unido a los otros Estados, de tal modo que en cualquier momento podía, en el ejercicio de su soberanía, abandonar la Unión. Que existiera un aparato estatal central bastante débil, que el ejército

apenas tuviera significación numérica y que el régimen tributario fuese de escasa significación hacía que en ese tiempo EEUU se manifestase, en efecto, como una sociedad de la libertad política, civil y de conciencia, con las limitaciones antes señaladas. Así lo resalta el preámbulo de la Constitución, que se presenta a sí misma como el supremo texto político y jurídico destinado a *“asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la Libertad”*, meta encomiable.

Pero ese orden estaba en oposición con el desarrollo del capitalismo, pues hacía imposible la formación de un mercado interior unificado, dado que cada Estado legislaba con libertad y no existía un gobierno central por encima de ellos que dispusiera de suficiente autoridad real, situación letal para la concentración y acumulación de la propiedad que es el meollo del capitalismo. Al mismo tiempo, la práctica ausencia de un Estado, con la consiguiente centralización del poder político, legislativo, educativo y militar, dificultaba llevar adelante nuevas guerras tan provechosas como la mantenida con Méjico. Si EEUU quería ser la potencia hegemónica de América tenía que cambiar de régimen político, pues de lo contrario corría el riesgo de quedarse como país desperdigado, disperso e ineficiente en tanto que gran potencia.

En el norte se dio un proceso de especialización en la artesanía y la industria, para el autoabastecimiento del mercado interior, inmenso y en rápida expansión, aunque con la vista puesta también en la exportación, mientras que en el sur la producción exportable iba sobre todo a Europa. Una parte de los beneficios de los hacendados esclavistas eran invertidos en la naciente industria del norte, de manera que dista mucho de ser cierto que entre ambos bloques económicos no hubiera relación. Igualmente errado es presentar al latifundio esclavista como ajeno al mercado y a la dinámica del capitalismo en su fase inicial, siendo en lo esencial una forma peculiar de acumulación de capital. Lo cierto es que el norte necesitaba conquistar mercados en el exterior donde colocar los excedentes de su industria y el sur no, pues Europa se hacía cargo de todo el algodón y el tabaco que pudiera producir. Por tanto, mientras el norte quería un ejército poderoso y un aparato de poder centralizado para apresar nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados, el sur no estaba interesado en establecer un aparato estatal caro y costoso, necesario para lograr tal fin, prefiriendo que la situación continuara como en el pasado.

Las clases populares seguían aferradas al ideal jeffersoniano de vivir sin gobierno, no tener ejército (o que éste fuera insignificante), pagar los menos impuestos posibles, trabajar duro pero con muchos días feriados, llevarse bien con los vecinos practicando la ayuda mutua y evitar el surgimiento de poderes tiránicos, fueran económicos, políticos, culturales o militares. Su ideario de vida era la libertad, individual y colectiva. En ese marco, concebía con recelo y repugnancia

la esclavitud de la gente negra, pues desde ella y por ella se estaban conformando oligarquías plutocráticas que amenazaban la libertad general, a la vez que el trabajo servil envilecía el de los trabajadores libres pobres, como se expuso. Por tanto, presentar la guerra de Secesión (1861-1865) como un drama con sólo dos autores, los burgueses nortños contra los terratenientes sureños, olvidando a las clases populares de todo el país, que eran el 95% de la población, es falsear los acontecimientos.

Los asuntos cardinales que se decidieron con las armas, en una guerra civil muy cruenta y destructiva, fueron principalmente dos: 1) crear un orden político centralizado que estuviera por encima de las atribuciones de todos y cada uno de los Estado, es decir, tener un aparato estatal digno de tal nombre y no simplemente un remedo de él, 2) establecer las condiciones jurídicas, estructurales y de las mentalidades óptimas para el desenvolvimiento del capitalismo. En el punto dos entra la abolición de la esclavitud, pues el capital opera mucho mejor con el régimen neo-esclavista del trabajo asalariado. El Estado también estaba interesado en liquidar la esclavitud debido a que los esclavos no pagan impuestos al ser considerados personas sin plenitud de deberes, lo que sí hacen los trabajadores pobres libres.

Todo ello significaba abrir las puertas al militarismo, al imperialismo y a la intervención de EEUU en el exterior, que fue lo que sucedió con la victoria de la Unión. Por eso no puede entenderse que quienes se definen como contrarios al capitalismo apoyen a ésta frente a la Confederación, al mismo tiempo que peroran verbalmente contra el imperialismo yanqui, que nace definitivamente en 1865. Marx, por ejemplo, al tomar partido por el Norte en vez de hacerlo por las clases populares de todo el país, del norte y del sur, blancas y negras, se pone al descubierto como lo que realmente es en tanto que ideólogo, un burgués entusiasta de la teoría del progreso que sueña despierto con un capitalismo perfecto, o sea, con un hiper-capitalismo al que coloca la etiqueta fulera de “socialismo” y “comunismo”. Porque estaba la Unión, estaba la Confederación y estaba el pueblo formado por los libres blancos, los libres negros (no todos éstos eran esclavos) y los esclavos.

Pero en aquella guerra las clases populares, opuestas a los plutócratas del norte tanto como a los señoritos del sur, no lograron establecer una línea de acción unificada y coherente que les permitiera resistir a ambos, defendiendo el ideario original del país, una sociedad de la libertad sin ente estatal ni clase patronal (por tanto, sin esclavismo, pues los latifundistas del sur eran, como se expuso, un tipo peculiar de grandes burgueses agrarios, que invertían buena parte de sus beneficios en la industria del norte a través del ya poderoso sistema bancario de EEUU). Ello hubiera exigido extinguir toda forma de racismo, para que blancos y negros, así como los indígenas, se hubieran fusionado en un bloque revolucionario popular. Por tanto, hubo tres actores políticos y no sólo dos. Por eso la gente del común fue

reclutada por unos y otros, y llevada a morir por intereses que no eran los suyos. La guerra sirvió además perfectamente a los grandes empresarios del Norte para establecer un aparato militar formidable, imponer impuestos exorbitantes, arruinar y proletarizar a una buena parte de la población, acumular capital abasteciendo de armas y pertrechos al ejército, sepultar a la clase trabajadora blanca en las infernales factorías de la revolución industrial (más terribles, probablemente, que los fundos esclavistas) y acelerar el proceso de salarización, monetización, bancarización y mercantilización del país. O sea, un éxito total para el capital. La contienda comenzó cuando varios Estados de la Unión se fueron negando a admitir las medidas centralizadoras impuestas por los Unionistas, que vulneraban la letra pero sobre todo el espíritu de los fundadores del país e incluso de la Constitución de 1787.

El esclavismo no era una cuestión que se debatiera con particular pasión en los años anteriores al inicio de la guerra, y no fue central en el estallido de ésta. Todos estaban al corriente, los del Norte y los del Sur, que el régimen esclavista tenía los días contados. Inglaterra perseguía la trata con su poderosa armada desde casi los inicios del siglo (exactamente desde 1807), por lo que ya apenas llegaban nuevos contingentes de esclavos, salvo los introducidos de contrabando, y si había que criarlos era más remunerador el trabajo asalariado. Para 1850, más de un decenio antes del inicio de la guerra civil, cualquiera con un mínimo de perspicacia sabía que las haciendas esclavistas no tenían futuro, y que los latifundistas sureños debían reorganizar sus explotaciones para valerse del trabajo asalariado, lo que significaba liquidar el esclavismo y liberar a los esclavos. Esto no requería, ni mucho menos, una guerra civil, como con desfachatez sostiene los defensores del capitalismo y el imperialismo de EEUU que se dicen progresistas y antirracistas (vale decir, que son racistas antiblancos). En Cuba, en Brasil y en otros países la abolición de la esclavitud y la puesta en libertad de los esclavos se efectuó con suma facilidad, sin guerra civil y casi sin oposición.

Lo que sucedió en EEUU es que, iniciada la guerra, el Norte iba perdiendo porque su perversa ideología centralista, dinerizada, militarista, totalitaria, imperialista y empresarial repugnaba a la gran mayoría de la gente común. Así las cosas, a Abraham Lincoln se le ocurrió declarar abolida la esclavitud para poder contar con los hombres negros como tropas particularmente motivadas lo que, a pesar de todo, no hizo hasta 1863, cuando algunos daban a la Unión como perdedora, tras dos años de derrotas y retiradas. Este asunto es decisivo porque establece por primera vez un hecho determinante para la comprensión de la historia contemporánea de EEUU, la alianza entre el aparato militar y las élites negras, y entre éstas y el gran capitalismo, que se mantiene hasta el día de hoy. En efecto, los negros se alistaron con la Unión y lucharon a su favor con las armas en la mano, quizá creyendo liberarse así pero de hecho haciéndose parte de la máquina de

guerra del imperialismo estadounidense y componente significativo de un proyecto temible para expandir el capitalismo y hacer de EEUU la potencia hegemónica, primero en América y luego en el mundo. De lo que hicieron entonces, la gente negra de EEUU deben hacer autocrítica.

Terminada la conflagración con la victoria del Norte, como era previsible dado su mayor potencial económico y demográfico, el aparato de dominación y matanza de EEUU escogió un nuevo adversario al que laminar. Fueron los pueblos indígenas. En 1857, sólo dos años después de la victoria de los multimillonarios y centralistas nortños en el campo de batalla, se les obliga a asentarse en las “reservas”, o sea en territorios inhóspitos donde languidecer y morir... Entre esa fecha y 1890 es el periodo de las conocidas como Guerra Indias. Éstas consisten en que los pueblos indígenas se niegan a dejarse exterminar e inician ataques y operaciones de autodefensa. En la lucha contra ellos, llevada con una particular brutalidad y sadismo, los regimientos formados por negros, a menudo los mismos que habían servido como carne de cañón a los ricachos de la Unión, desempeñaron un papel de importancia. A tales exterminadores los indios denominaban “búfalos” porque su pelo crespo les recordaba el del morrillo de los bisontes de las praderas. La acción de los soldados negros en las Guerras Indias, que ha sido ocultada para seguir cultivando una imagen victimista y racista antiblanca de aquéllos, hoy tan útil al poder capitalista de EEUU, tiene que ser investigada. Pero hoy no existe en EEUU libertad para hacerlo, al estar el Estado, y la gran patronal, entregados al racismo antiblanco, por los motivos que luego se expondrán.

El fomento desde arriba del racismo antinegro, con la constitución del Klan y otros grupos criminales blancos, sirvió muy bien al aparato de propaganda del Estado para ocultar otros aspectos de la realidad. Por ejemplo, que a comienzos del siglo XX ya existían capitalistas negros que explotaban a trabajadores negros y a veces también a blancos, y que eran prósperos burgueses. Ello, es verdad, coexistía con un cierto número de leyes y disposiciones que limitaban la libertad civil y política de la gente negra, que son del todo intolerables, aunque sus efectos prácticos eran limitados, nada que ver con la versión tremendista habitual. La máquina de victimización de aquélla, conforme a los intereses del poder constituido, presenta una realidad y oculta la otra. Ya en los años 20 del siglo pasado los negros disfrutaban de un poder enorme en la funesta industria del espectáculo yanqui, desde la cual difundían con gran eficacia los antivalores e amoralidades que tan necesarias son al capitalismo. Por su obrar en ellas eran premiados con colosales sumas de dinero, que tomaban codiciosamente (la codicia, en un grado al parecer inextinguible, es una de las características del racismo negro) al mismo tiempo que seguían proclamándose “minoría oprimida”, etc., con la intención de recibir aún más numerario.

La exhibición victimista de su pasado con fines crematísticos y comerciales olvida, igualmente, que no fueron los negros esclavos del sur los que conocieron las peores condiciones de vida y trabajo sino los trabajadores pobres blancos del norte, en particular las mujeres, en el proceso de la primera revolución industrial, acaecida en EEUU en los años finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Si se comparan parámetros como tiempo de trabajo de unos y otros, nivel de consumo, maltrato físico y psíquico, esperanza media de vida, etc. se observa que son esos proletarios de la industria, casi todos blancos, los verdaderos esclavos, y que su vida era un infierno aún peor que el de los forzados negros. La diferencia está en que tales trabajadores no han constituido un discurso victimista ni reivindican nada monetariamente por los sufrimientos atroces que padecieron sus antepasados.

El gran capitalismo yanqui ha estado impulsando el racismo negro, tarea que ha realizado y realiza con particular vigor el ejército, en concreto el Pentágono por varias razones. Una es para dividir a la gente común por su condición étnica, lo que se manifiesta en la obligación de, en todos los documentos oficiales de EEUU, declarar la propia raza, una medida que causa perplejidad pues contribuye a mantener las diferencias raciales como elemento de división entre la gente de las clases populares, los sin poder. La negativa a declarar la propia raza al rellenar tales cuestionarios tiene que ser una de las metas a conseguir, dado que los rasgos étnicos resultan irrelevantes. Lo que define a una persona son sus actos, la ejecutoria de su vida, y no el color de su piel o la forma de sus narices u ojos. Tal exigencia administrativa prueba que el Estado de EEUU sigue siendo racista, y que el racismo forma parte notoria de su panoplia de armas políticas. La única diferencia con el pasado es que ahora mantiene y promueve otro tipo de racismo...

La participación de EEUU en la I Guerra Mundial, 1914-1918, fue otro acontecimiento que evidenció la fusión entre el aparato militar del imperialismo yanqui y buena parte de la población negra, que se alistó en masa en el ejército de EEUU, lo que tensó la contradicción entre los racistas blancos del KKK y el Estado Mayor. Éste deseaba que los negros tuvieran los mismos derechos que los blancos, eliminando la discriminación por motivos de raza, con el fin de que combatieran con entusiasmo y murieran "gloriosamente" por los intereses del gran capitalismo yanqui, por lo que fue tomando posiciones para ajustar cuentas con los anacrónicos blancos supremacistas. No existe, o no conozco, un estudio sobre la contribución de los negros a dicha guerra pero es seguro que cuando se haga se alcancen conclusiones una vez más poco agradable para los racistas afroamericanos. Lo mismo cabe decir sobre la II Guerra Mundial, 1939-1945. Es cómico, por ejemplo, que se oculten las fotos de los pilotos negros de los aviones de bombardeo que trituraron Alemania en esos años, un actuar criminal al estar dirigido contra la población civil alemana, que debía ser respetada. Actuar criminal cometido por negros y blancos conjuntamente.

El presente de la lucha de las razas en EEUU

El momento clave en que la población negra se entrega e incorpora mayoritariamente a una contienda injusta, de conquista, neocolonial, es cuando la guerra de Vietnam, terminada en 1975 con la derrota de EEUU y sus aliados vietnamitas. En ella la presencia de los negros fue decisiva dentro del aparato militar imperialista, lo que hoy se esconde con particular cuidado. Es todavía tabú dar los nombres, o mostrar las fotos, de los pilotos negros que bombardearon desde las superfortalezas volantes a la población vietnamita pero eso, con ser tremendo, es un asunto menor en comparación con que el ejército de tierra del imperialismo estadounidense estuviera estructurado por suboficiales en un notable porcentaje negros. Éstos, cuando aquél entró en una fase de descomposición, en 1973, hicieron lo imposible para mantenerlo en pie, evitando una rebelión general de la tropa (blancos, negros, indígenas, hispanos, etc.) contra los oficiales, lo que habría llevado al imperialismo EEUU a una situación dramática. Ese servicio, tan determinante, que realizaron los negros alistados (ciertamente, en cooperación con los mandos blancos) es impagable, y es lo que ahora está llevando al aparato militar de EEUU a tratar con un cariño excepcional a los soldados, oficiales y mandos negros en sus filas, hombres y mujeres.

Para ocultar la acción militarista e imperialista de decenas de miles de mandos intermedios negros se usó publicitariamente el obrar mixtificador del Partido Panteras Negras. Formado por unos escasos cientos de militantes y constituido en condiciones oscuras fue presentado ante la opinión pública como ejemplo del radicalismo negro, aparentemente revolucionario. Eso soslayaba la visión de los miles de suboficiales (y también bastantes oficiales) negros belicistas, entregados a la causa imperial en el ejército, lo que habría desmontado el ficticio tinglado, al presentar a los activistas “antirracistas” como lo que son, destacados agentes del capitalismo/Estado. Por lo demás los Panteras Negras, con su consigna central, Poder Negro, fueron una manifestación máxima y afrentosa de racismo, pues su objetivo era realizar la limpieza racial de los blancos en algún territorio, para instaurar el dominio de los negros en la forma de un Estado Racial Negro, es decir, la dictadura de los empresarios, militares y altos funcionarios negros sobre la gran masa de la población trabajadora negra. Su programa era simplemente etnicismo xenóforo, loa del capitalismo (en la forma de capitalismo negro) y estatolatría (como exigencia de un aparato estatal exclusivamente constituido por negros).

Los Panteras Negras sirvieron al Estado de muchas maneras más. Una fue dividiendo a la población por su raza, lo que impidió que las protestas en EEUU contra la intervención militar en Vietnam alcanzara un nivel crítico, insurreccional, lo que podría haber sido el inicio de un proceso revolucionario en EEUU destinado a liquidar el capitalismo y en

el ente estatal para crear (recrear más bien) una sociedad de la libertad, por tanto, con muchos puntos de contacto con la fundacional, aunque mejorando sus defectos y errores. Los servicios secretos se valieron del entorno de tal formación para introducir las drogas entre los negros, y luego entre los blancos pobres, que así llegaban avaladas por una aureola de “radicalidad” que las hacía más atractivas. Su enfoque de la lucha racial era amoral e inmoral, lo que creó una mentalidad entre muchos negros que dio por buena la violencia contra sus iguales, con robos, atracos, agresiones y asesinatos, obrar que favoreció el desarrollo del Estado policial USA, para lo cual incorporaron un enorme número de negros, mujeres y varones, a los cuerpos represivos.

Hoy hay ciudades en las que el aparato policial, desde los mandos supremos hasta los agentes de base, son principalmente negros. Éstos, que constituyen el 13% de la población, alcanzan una presencia en los cuerpos de policía de entre un tercio y dos tercios del total, de manera que se está constituyendo un aparato represivo-policial étnico, negro, algo aberrante. En la estela del racismo negro de los Panteras han surgido recientemente nuevos grupos victimistas, como Black Lives Matter, destinados a seguir demandado dinero y privilegios de todo tipo para las gentes de su etnia como “compensación” por la opresión racial. Para ello se sirven a gran escala de la demagogia y el falseamiento activista de la realidad

Hay que enfatizar que estos grupos racistas antiblancos aunque siempre están maldiciendo la esclavitud antigua son partidarios de la nueva forma de esclavitud, el trabajo asalariado. Nunca se encuentra en sus exposiciones nada que la contradiga, también porque sus integrantes no tienen otro objetivo personal que hacerse ricos, convertirse en empresarios prósperos y en multimillonarios, para lo cual necesitan de la neo-esclavitud. Esto les pone en evidencia.

Considerando que los negros están sobrerrepresentados no sólo en el sistema represivo sino también en las fuerzas armadas, la judicatura, el negocio del ocio, el sistema mediático, los grandes empresarios, la gran banca y los multimillonarios en general, es posible concluir que la consigna del Poder Negro está siendo realizada. Los negros se están apropiando de una parte cada vez mayor del poder político, administrativo, militar, policial y mediático, que ejercen sobre el resto de las etnias, no sólo sobre los blancos sino sobre los asiáticos (a los que desprecian racialmente de un modo lastimoso), los latinos y, por supuesto, sobre los pueblos indios, a quienes vienen agrediendo desde hace siglos.

¿Cuál es la naturaleza de ese poder? Es una continuación del aparato neocolonial de USA, esta vez al servicio de los negros. Y es una forma extremista de capitalismo, el globalizador o mundialista. En puridad, la sobrerrepresentación de los negros en el poder estatal y la clase empresarial de EEUU es una renovación de uno y otra, que así se

remoza y actualiza para continuar su política de conquista y agresión contra los pueblos del planeta. Ahora dicho poder se está volviendo contra los blancos pobres, de clase trabajadora, a los que está exterminando, como antaño hizo con los indios. Luego se dirá algo más de esto.

Quien mejor personifica la creación de lo que se aproxima a un Estado Racial Negro en EEUU es el general Colin L. Powell, un hombre “de color” nacido en 1937 que llegó a general de cuatro estrellas, la máxima graduación en el ejército de EEUU. Ya en 1958 era un prometedor oficial del ejército de tierra, en unos años en los que, conforme a la historiografía oficial, todos los negros eran ferozmente perseguidos y discriminados... El caso Powell demuestra lo falso y manipulador de tales asertos. Participa en la guerra de Vietnam, donde es herido (luego diremos más de esto), y en 1983 coopera en la invasión de Granada y en 1986 en el bombardeo de Libia, dos actos de agresión imperialistas. En 1989-1993 es presidente del Estado Mayor Conjunto, lo que significa que un negro llega por primera vez al puesto de mando más importante del ejército USA. Dirige la guerra del Golfo Pérsico en 1991 y es nombrado secretario de Estado en 2001-2005, desde donde organiza la invasión de Irak en 2003, teniéndosele por el inventor del embuste justificativo de ésta, la supuesta tenencia por ese país de “armas de destrucción masiva”. Naturalmente, en 2008 apoya al “Mesías negro”, el aristocrático y elitista Barak Obama, cuando se presenta a las elecciones.

Su biografía oficial, de vértigo, es convenientemente retocada para ocultar que en Vietnam estuvo implicado en la matanza de My Lai (realizada en marzo de 1968, con 504 civiles vietnamitas asesinados), por la cual fueron juzgados y condenados algunos oficiales blancos pero no él, en absoluto molestado, lo que prueba que en EEUU los prebostes de raza negra pueden hacer lo que les venga en gana con impunidad. Para William Blum, crítico del aparato militar USA, este general negro de cuatro estrellas es un criminal de guerra que debería estar en la cárcel, uno más de los muchos negros que participaron en la guerra de agresión al pueblo vietnamita y cometieron allí crímenes execrables, por lo común con completa impunidad.

Posteriormente, dicha biografía evita entrar en lo más importante, que Powell fue quien reorganizó el ejército del imperialismo norteamericano tras su deshonrosa derrota en Vietnam, proporcionándole una nueva doctrina estratégica, nueva organización y nuevos mandos. De ahí sale el aparato de agresión y matanza actual del imperio que va a actuar no sólo en Irak sino también en Libia, Afganistán y Siria, por citar los casos más significativos. El general Powell ha sido el personaje más influyente en la máquina bélica del imperialismo yanqui en el último medio siglo, él y su extenso equipo de colaboradores, que han formado escuela, una buena parte de los cuales son afroamericanos. Por su ascendiente e influjo es sólo equiparable a

Dwight Eisenhower, aunque mucho más reaccionario que éste, el cual se atrevió a hacer algunas frases críticas contra el “*complejo militar-industrial*” de EEUU, lo que no se encuentra en Powell, cerradamente entregado al capitalismo.

Por tanto, Powell no es un caso aislado sino uno más de los muchos miles de personas negras que se incorporaron a filas, siguiendo una tradición de larga data. Al finalizar la II Guerra Mundial el ejército de EEUU no se desmovilizó, ni siquiera parcialmente, como había sucedido en las guerras anteriores, pues deseaba librar una nueva guerra planetaria, la de “contención del comunismo”. Para eso es creado el Pentágono, o ministerio de Defensa de EEUU. Éste, con celeridad toma medidas para reclutar un máximo de personas negras, lo que exigía poner fin a lo que aún persistía de discriminación racial. Como describe James Carroll en su documentado libro **“La casa de la guerra. El Pentágono es quien manda”**, el ejército fue la vanguardia en la lucha por los derechos civiles de la población negra y contra el racismo blanco, dado que de otro modo su rendimiento en combate no podía ser óptimo. Eso llevó a la masiva incorporación de hombres negros (luego, también mujeres negras) al aparato militar como oficiales, entre ellos Powell. Posteriormente siendo Stanley R. Resor secretario (ministro) de Defensa, en 1965-1971, se dio un renovado impulso a la promoción de una nueva oficialidad negra, operación que llevó al criminal de guerra Powell al puesto de máxima autoridad en el ejército de EEUU. La fascistoide catadura de Resor queda al descubierto con el dato de que bajo su mandato la presencia militar yanqui en Vietnam alcanzó un máximo, con 1,5 millones de soldados en 1969.

El mencionado libro de Carroll resulta imprescindible para comprender la verdadera historia, siempre ocultada, de la población negra estadounidense, que son atraídos a puestos de enorme poder y responsabilidad precisamente por su militarismo, patriotismo y belicismo, por ser inmejorables para alimentar la máquina de guerra del imperio EEUU. Hubo otros casos que conviene citar. La primera mujer general del ejército yanqui fue la fémina negra Hazel Johnson-Brown, nacida en 1927 y con pase a la reserva en 1983. Nótese, de nuevo, el cinismo de quienes nos mienten, pues aquella hizo lo mejor de su exitosa carrera militar en los años 40 y 50 del pasado siglo, cuando supuestamente la gente afroamericana seguía padeciendo una discriminación total... En el presente, una fémina negra entusiasta del militarismo e imperialismo yanqui, al que piropea y enaltece en sus canciones, es Beyoncé.

Tenemos que dedicar unas líneas a otra mujer afroamericana asimismo íntimamente vinculada al militarismo neocolonial yanqui, Condoleezza Rice, nacida en 1954 en una familia de la clase media “de color” -ya numerosa y próspera en esos años- lo que le permite realizar estudios universitarios de élite en EEUU y en el extranjero, privilegio que no estaba al alcance de la gran mayoría de los blancos de origen

trabajador. Cuando el general Powell se ve obligado a dimitir como Secretario de Estado, al ser descubiertas sus mentiras justificativas de la invasión de Irak, aquélla, que ya era Consejera de Seguridad, le sustituye, ocupando ese alto cargo en 2005-2009. Su mayor aportación ha sido llevar adelante la “guerra contra el terrorismo”, además de desempeñarse como experta en estrategia nuclear, lo que la convierte en la máxima expresión del militarismo yanqui en esos años, siendo el cerebro y el brazo ejecutor al mismo tiempo de la penderciera política exterior de George W. Bush. Es también una exitosa empresaria y una conocida multimillonaria. En 2009 cesa como Secretaria de Estado, cargo que ocupa Hillary Clinton, y desde el cual, entre otras muchas actividades alarmantes, crea, organiza, financia y hace operativo el Estado Islámico de Irak y Siria.

Nótese que hoy, y desde hace decenios, el aparato de guerra y matanza de EEUU suele estar dirigido por personas negras y mujeres... Nada hay de extraño en ello, pues tal es la meta verdadera del sospechoso auge, financiado desde el Estado, del feminismo y el racismo negro.

Los estudios sobre el porcentaje de individuos negros, varones y mujeres, que hay en el cuerpo de oficiales del ejército USA ofrecen datos discordantes pero todos admiten que es mucho más elevado que el 13% que debería ser, considerando que tal es la proporción de gente negra sobre el total de la población. Esta delicada cuestión, que quita la máscara a los profesionales del “antirracismo”, no puede ser tratada con objetividad en las actuales condiciones y dichos estudios carecen de fiabilidad. Una proporción mínima realista es el 25%, y creciendo con rapidez. Hoy todavía dicho aparato militar es multirracial pero en menos de una generación puede ser homogéneo étnicamente, con los negros ocupando los principales puestos de mando. El exterminio planeado de la población blanca pobre de EEUU, unos 150 millones de personas quizá, que está realizando el Estado, hace que tal resultado sea inevitable en sólo un decenio o dos.

Con ello la gente negra de ideas supremacistas en EEUU volverá a sus orígenes, los reinos, principados, ciudades y Estados esclavistas africanos anteriores a la penetración en dicho continente de los europeos, todos ellos de un militarismo, belicismo, desprecio por el ser humano y racismo (se odiaban racialmente los unos a los otros, y lo siguen haciendo) que horripilan, lo que explica la prodigiosa solidez del régimen esclavista en tales formaciones sociales.

Un lugar especial en el tema estudiado ocupa el que ha sido primer presidente negro de la historia, Barak H. Obama, 2009-2017, nacido en 1961. Si se estudia su biografía es imposible hallar en ella ni la más mínima manifestación de discriminación por el color de su piel, más bien al contrario, pues su vida se ha desenvuelto en medio de privilegios exorbitantes, conforme a lo que él es, un adinerado y

refinado prócer de la clase alta. Lo mismo cabe decir de su esposa Michelle, nacida en 1964, también afroamericana. La campaña electoral en 2008 fue un desencadenamiento fanatizado del racismo negro y pronegro en todo el mundo, una sonrojante evidencia de hasta qué punto los prejuicios raciales están extendidos y han penetrado en la conciencia de miles de millones de personas. Se decía entonces que Obama sería un presidente maravilloso y taumatúrgico, capaz de resolver los grandes problemas de su país y de la humanidad simplemente por ser de piel oscura... sin tener en cuenta que su campaña electoral era patrocinada y financiada por lo más florido del gran capitalismo EEUU, que prefirió a este hombre negro y no a su rival, el blanco John McCain.

Cuando se produjo la decepción, al mostrar Obama su verdadera naturaleza militarista, represiva y plutocrática, los enardecidos racistas antiblancos que le aclamaba callaron, es cierto, pero nadie pidió disculpas ni se avergonzó de sí mismo, como debiera. Los acontecimientos se fueron desarrollando con naturalidad: incremento del número de tropas yanquis de ocupación en Afganistán, miles de asesinatos extrajudiciales por todo el planeta, violación habitual de la soberanía de varios países, mantenimiento de cárceles secretas para la tortura y el exterminio de enemigos políticos, invasión de Libia en 2011, inicio de la guerra de Siria en ese mismo año, constitución poco después del Estado Islámico de Irak y Siria, con la decisiva cooperación de su Secretaria de Estado, Hillary Clinton, renovación de la alianza estratégica con las monarquías teofascistas musulmanas del Golfo Pérsico, etc., etc. Para mejor realizar tales atropellos se hizo otorgar el Nobel de la Paz en 2009. Pero hay más. Obama da un impulso decisivo, convirtiéndolo en operativo, el proyecto para el exterminio de las clases trabajadoras blancas más humildes en el interior de EEUU, aunque parece cierto que esta aterradora operación de ingeniería social estaba pensada, y proyectada, desde fechas anteriores a 2009.

El racismo de los negros se manifiesta también en el intento de algunos de ellos de presentarse a sí mismos como “raza superior” genéticamente fundamentada, lo que se expresa en cierta literatura y se ha hecho conocido, sobre todo, por las soflamas racistas del atleta negro Michael Johnson. Éste, apoyándose en pasadas proezas de los deportistas de su etnia se sumó a la patética interpretación de que eso era debido a una “*superioridad biológica*” de la gente negra... Los éxitos de numerosos atletas blancos en los últimos años, que han sobrepasado a los negros, refuta sin más complejidades tal enormidad. Un mito repulsivo en grado superlativo es el de la pretendida supremacía sexual de los varones negros, todavía más asqueroso por lo que tiene de misógino y manipulativo. Ya los Panteras Negras fueron acusados de patriarcales y sexistas vehementes. Recuérdese que alguno de los jefes de los Panteras se jactaba de haber violado a mujeres blancas, lo que tenía por legítimo conforme a su ética super-racista. Los negros que se ufanan de mantener su cultura originaria africana

deberían saber que el régimen esclavista muy ampliamente dominante en ese continente desde hace siglos, era y es patriarcal, teniendo en las mujeres sus principales víctimas. Por tanto, deberían seleccionar lo positivo de su herencia cultural, dejando de lado críticamente lo negativo.

Un testimonio concluyente del encendido racismo que domina a una parte notoria de la población negra de EEUU lo ofrece Oprah Winfrey, en **“El desmoronamiento. Treinta años de declive americano”**, George Packer. Éste sintetiza diversas afirmaciones de aquella diva del universo mediático USA con la frase sobre que en varias ciudades *“hizo mejores migas con personas blancas que con su propia familia. Más tarde contaría que nunca se sintió oprimida, salvo por otros negros a los que disgustaba su piel, muy oscura”*. Desmenecemos el aserto: a) los blancos jamás la discriminaron por ser negra, b) hubo negros a los que su “excesiva” negritud epidérmica les desagradaba. Así pues, el racismo es mucho mayor entre los negros que entre los blancos, lo que es exacto no sólo por el testimonio que proporciona Winfrey sino por otros muchos. Está el caso, deplorable, de Michael Jackson, que se sometió a extrañas intervenciones médicas para aclarar su piel y variar la forma de su rostro. Se sabe que millones de personas de piel oscura, en EEUU y en otros países, siguen su ejemplo, a pesar de que tales operaciones son caras y peligrosas. La antes citada Beyoncé tiene unas patéticas declaraciones en que manifiesta su odio por los blancos, debido a que envidia la piel blanca, y su vergüenza por ser como es, negra. Incluso Obama tuvo que padecer las chanzas maliciosas de otros negros, super-racistas, que le veían con prevención por no considerarle “suficientemente (sic) negro”.

Esto se explica porque el racismo es la cosmovisión dominante en todas esas personas, un racismo que se manifiesta al mismo tiempo como agresividad hacia los otros y como autoodio. Esto, en la práctica política y económica, lleva a considerar la lucha racial como meta personal y grupal categórica, según el principio de conquistarlo todo para mi raza quitándoselo a las otras razas, una concepción propia del racismo decimonónico europeo y luego de los nazis, hecha suya ahora por una parte de la población negra de EEUU. Basándose en numerosas evidencias podemos fijar el porcentaje de blancos racistas antinegros en EEUU hoy en torno al 10%, mientras que el de negros racistas antiblancos, y antiindígenas, antiorientales, etc., en una cifra que se aproxima al 50%.

La conclusión es que bastante gente negra de ese país está enferma de racismo, lo que resulta obvio cuando se convive con ellos y se observa su actuar sin prejuicios ni dogmatismos ni paternalismos. Los torneos a que se entregan para ver quién tiene la piel con un matiz más claro dejan estupefactos a los desinformados. No puede aducirse la existencia de obstáculos particulares, estructuralmente puestos contra la promoción económica de los afroamericanos, como lo prueba el caso

de Oprah, que siendo de familia humilde se ha convertido en una mujer riquísima, muchas veces millonaria, al ser parte esencial del aparato de propaganda y adoctrinamiento del poder constituido. La situación es más bien al contrario, pues los negros gozan hoy en EEUU de privilegios y ventajas de muy diversas naturaleza, sólo por el color de su piel, que deben ser eliminadas dado que son una forma de racismo.

El racismo negro se hace, en ciertas ocasiones, particularmente agresivo. Por ejemplo, en la persona de Tommy Curry, profesor afroamericano de la universidad de Tejas, que defiende en sus clases la necesidad de dar muerte a las personas blancas en general, a cualquiera de ellas y a todas ellas, para alcanzar la *“liberación negra”*, asunto sobre el que ha escrito varios libros, que hace comprar y leer a sus alumnos. Como disculpa de tan tremenda toma de posición se aduce que los *“asesinatos interraciales”* afectan más a los negros que a los blancos. Tal es un tópico con poco fundamento, también porque dichos asesinatos son efectuados hoy bastante a menudo por la policía, en la forma de policías de raza negra que disparan contra personas de su misma etnia, por motivos diversos.

Pero Curry puede dormir tranquilo pues su meta, exterminar a los blancos, la está realizando con gran eficacia el Estado de EEUU. Lo que en realidad dice es que los negros tienen que exterminar a los blancos (y luego a las demás etnias, lo que aparece ente líneas en sus soflamas) para apoderarse de toda la riqueza de EEUU, creando un país exclusivamente de gentes “de color”, o sea, simplemente preconiza realizar la consigna Poder Negro de los Panteras. El racismo negro no tiene otro objetivo que el dinero y otra fuerza motriz que la codicia: tal es la conclusión que se alcanza cuando se le estudia con atención. Su meta es convertir a EEUU en un *“reino negrero”* del siglo XXI, similar a los Estados esclavistas africanos del pasado, en el cual los potentados negros sean la nueva aristocracia gran propietaria y mandante, y el resto de las etnias así como los negros pobres sus servidores, esclavos y neo-esclavos.

Las conocidas como “luchas raciales” forman parte de la historia de EEUU, y han otorgado a la gente negra de este país una aureola de radicalidad que no es objetiva. En el año 1965 tuvo lugar en Watts, los Ángeles, un alzamiento masivo, reprimido con 34 muertos. La respuesta institucional fue acelerar la concesión efectiva de los derechos civiles básicos a la población negra, otorgar más ayudas estatales a ésta, colocar en las alcaldías de muchas ciudades a autoridades negras y convocar más plazas de policías, generalmente conferidas a personas “de color”. Importante también fue el de 1968 en protesta por el asesinato de Martin Luther King, un acto execrable también porque este gran hombre escogió un camino mucho más acertado para encauzar la resistencia de su gente al racismo blanco que los Panteras Negras, al dar cabida a la ética, los valores y la responsabilidad individual, imprescindibles en todo proceso emancipador. Hubo fuertes

movilizaciones en más de 120 ciudades, con 46 muertos. En 1992, en San Francisco y otras metrópolis estalló la rabia de nuevo, con 59 asesinados por la policía. Desde entonces ha habido levantamientos menores y cada vez más distanciados, sobre todo porque día a día crece el número de personas negras que son empresarios exitosos, altos funcionarios, agentes del orden constituido, artistas con los bolsillos bien nutridos o militares de colmillo retorcido. Desde 1965 a la fecha la diferenciación clasista en el seno de la comunidad negra ha sido muy intensa, de manera que la gran burguesía “de color” que se ha formado lo que quiere ahora es continuar prosperando y gozar de lo conseguido, y no nuevas reyertas callejeras. Ello a menudo lo consigue explotando a otros negros, la gente trabajadora “de color” que nada, o apenas nada, ha logrado tras tantos años de “luchas”, pues es una minoría de negros adinerados la que se ha quedado con todo. Tal oligarquía debe ser blanco de ataque de la clase asalariada afroamericana en su obrar revolucionario.

En forjar el absurdo prestigio de los activistas negros de EEUU en tanto que adalides de la más pura “radicalidad” confluyeron dos fuerzas políticas dispares y enfrentadas. Por un lado el Pentágono, que apoyaba bajo cuerda los motines “antirracistas” de los activistas negros, con el fin de ampliar las condiciones globales propicias para que éstos se alistaran en el ejército y la policía. Por otro, los partidos comunistas, de EEUU y de todo el mundo, que seguían la política exterior de la Unión Soviética. Ésta presentaba a los negros como combativo grupo social oprimido y reprimido para desgastar política y propagandistamente a su rival imperialista por todo el planeta. De ese modo tan rocambolesco se forjó el mito de los Panteras Negras, construido sobre la base de un grupito alfeñique de racistas negros devotos del capitalismo.

A menudo, la sociología académica se muestra “comprensiva” con la violencia interpersonal gansteril de una parte de la comunidad negra, aduciendo que es la respuesta esperada a las particulares condiciones de opresión, represión, discriminación y pobreza en que vive (o vivía). Esto es equivocarse en mucho pues, sea cual sea la situación personal, no es admisible robar al vecino, asaltar a un viandante común, hacerse por la fuerza con un coche ajeno usado como herramienta de trabajo o tirotear a un modesto asalariado que vuelve a casa tras doce horas de trabajo. Tal sociología está, en realidad, alentando un comportamiento negativo y destructivo entre los negros, que tiende a apartarlos de la acción revolucionaria global, la cual exige la convivencia y la unidad fraternal con los iguales sean de la raza que sean. La apología de la delincuencia, igual que la de la droga, que se hizo por cierta intelectualidad progresista en este asunto, tiene segundas intenciones y dañó notoriamente a la comunidad afroamericana. La pobreza no justifica la inmoralidad, más bien al contrario, pues para superarla dignamente se necesita de la ética y la axiología.

Las movilizaciones de la población negra antes citadas, por lo general contra la violencia policial, no tenían apenas nada de revolucionarias ni poseían significación emancipadora real. Su meta era integrar a la gente afroamericana en el sistema capitalista, desarrollar el sistema económico vigente, siempre que fuera en la forma de capitalismo negro, y ampliar el aparato estatal, incorporándose a él a cambio de jugosos emolumentos y sinecuras. Se protestaba contra la violencia policial sólo cuando afectase a negros pero no si las víctimas de ella eran de otra raza... Célebre es el texto de un intelectual negro que denuncia el hambre que padecen, según él, los niños negros de EEUU, pero no dice una palabra de la sufrida por los niños latinos, indígenas, orientales, blancos, etc. Una vez más se comprueba que el racismo es el todo de la cosmovisión de una parte sustancial de los afroamericanos. Así pues, denuestan la violencia policial si es ejercida por blancos contra negros pero no saben qué decir si es efectuado por negros contra negros, como sucede hoy en casi todos los casos...

Los motines urbanos citados tenían su componente sórdido y expropiatorio, expuesto sin rubor por alguno de los participantes. En medio del tumulto, grupos organizados de negros incendiaban negocios, tiendas y propiedades de la comunidad asiática (a veces de la latina), que lo perdía todo. Unos días después se presentaban ante los arruinados dueños para comprar a precio de saldo los locales que ellos mismo habían devastado. Con tales procedimientos, dignos de filibusteros y rufianes, lograban ampliar muy rápidamente sus patrimonios, a costa de una minoría tan desamparada y excluida como es, o era, la oriental.

Ahora mismo la comunidad afroamericana vive una Edad Dorada, pues tras tantos años de luchas corporativas ha logrado integrarse casi completamente, en su capa superior, en el orden estatal-capitalista burgués. Es más, lo hace jugando con ventaja, al disfrutar de muchos privilegios injustos y arbitrarios, a los que debe renunciar voluntariamente. Pero en su seno hay gentes que quieren más, que no cejarán, al parecer, hasta que los negros, o más exactamente los oligarcas negros, se hagan con al menos el 50% de la riqueza del país y con la parte mayor del poder estatal. Su intención es no dejar nada o apenas nada a las otras razas, apoderarse de todo para sí, la nueva "raza superior" advenida en sustitución de la de antaño, la aria...

La hecatombe de la clase trabajadora blanca pobre de EEUU

El asunto de la limpieza étnica que se está haciendo con las gentes blancas del proletariado estadounidense requiere un apartado especial. Los hechos son que están muriendo en masa, con una tasa de defunción mucho más elevada que la gente negra, y con una salud deplorable, por el consumo desmedido de calmantes, drogas legales, medicamentos, drogas "ilegales" y alcohol, por la obesidad, la diabetes, las enfermedades cardiovasculares y otras dolencias similares, y por

suicidio. Una epidemia nunca antes vista de consumo de heroína los está enviando al cementerio en compactas falanges, mientras que los negros se mantiene apartados de esa droga, debido a que están entregados a medrar, disfrutar de los privilegios logrados y prosperar, a hacer negocios y acumular capital, a convertirse en altos oficiales del ejército y altos funcionarios del Estado. La pésima salud de los blancos más desfavorecidos afecta por igual a hombres y mujeres, e incluso podría señalarse que éstas toman más drogas “ilegales” que nunca antes y mueren igualmente en masa.

Una descripción de todo ello puede encontrarse en **“La “Peste Blanca” del siglo XXI”**, James Petras. En este texto el autor habla de *“exterminio del proletariado blanco”* (atención al componente étnico), aunque falla en el análisis de las causas últimas o profundas, y más aún en los remedios, debido al dogmatismo socialdemócrata que Petras tiene interiorizado. Éste le lleva a considerar que la causa del mal, el Estado, que ha diseñado y está aplicando esa política exterminacionista de limpieza étnica, puede ser la solución...

Lo cierto es que el poder constituido de EEUU desea “ayudar a morir”, esto es, aniquilar en un relativamente breve lapso de tiempo, a unos 150 millones de blancos de la clase trabajadora, féminas y varones. La persistencia, sadismo y encarnizamiento del racismo antiblanco en los medios progresistas, que son los favoritos del poder constituido, en si mismo anuncia todo ello. Tal no es nuevo, pues se está repitiendo el modelo de exterminio físico y psíquico aplicado a los pueblos indígenas de EEUU en la segunda mitad del siglo XIX, y por causas similares. De seguir así la situación, los blancos serán una minoría racial en sólo un decenio, también porque su tasa de reproducción está cayendo de manera acelerada. Hace años que los niños caucásicos nacidos en EEUU son menos que el resto.

Recuérdese que en la campaña electoral de 2016 la candidata del partido demócrata, Hillary Clinton, lanzó una espeluznante acusación (que es una amenaza apenas velada) contra ese segmento de la población, que constituye, según ella, un bloque ominoso e indeseable de racistas, extremistas de derechas, islamófobos, misóginos, homófobos y algún otro vocablo más rematado en “fobos”. Si son, como la multimillonaria feminista dice, la escoria del país, y del mundo, unos *“miserables”* para usar su brutal terminología, ¿no es hacer un favor a la humanidad el propiciar su extinción? Con la autoestima por los suelos, patéticamente aculturados, padeciendo lo fundamental del golpe de la crisis económica de 2008-2014, de la que no se han recuperado, con unos salarios que se rebajan a medida que el país incorpora una expedición tras otra de emigrantes, denostados sin respiro por los medios de comunicación progresistas (el 95% de ellos), atormentados en las calles por las jaurías de la religiones políticas, que son, como se ha dicho *“los ejércitos del terror”* del capitalismo globalizador, viviendo en un mundo que no comprenden y con un futuro que es cualquier cosa

menos esperanzador, con la vida familiar destruida y sin el consuelo de los hijos y los nietos, resulta comprensible que se refugien en el consumo obsesivo de medicamentos, alcohol y drogas, y que mueran como moscas, a menudo por expresiones explícitas o veladas de suicidio. En un solo año, 2016, han fallecido más trabajadores blancos pobres que bajas tuvo el ejército de EEUU en toda la guerra de Vietnam. Pero incluso esta cifra está retocada, y la realidad puede ser hasta cinco veces mayor.

Hay más. Casi toda la legislación, económica, tributaria, asistencial, civil, etc., les es desfavorable, de modo que su función es pagar impuestos, ser explotados, recibiendo cada vez menos por sus aportaciones y trabajos, pues los fondos estatales va a parar a las etnias y a los grupos de “minorías” privilegiadas de la novísima modernidad, que se han convertido en las herramientas, cuando no en las armas, del nuevo capitalismo. Los blancos pobres se ven reducidos ya a un grupo social de individuos con deberes sin derechos, del que todos se mofan y al que todos acosan y agreden. Sobrecoge particularmente el volcánico odio racista con que las jaurías exterminacionistas de las religiones políticas les atacan día tras día, lo que se manifiesta en las aserciones homicidas de la señora Clinton.

Hay varias razones para que las elites del poder/poderes de EEUU, blancas y negras unidas, deseen extinguirlos. Empecemos por las económicas. Dicha clase proletaria está formada para servir a una expresión anterior de capitalismo, en la cual las destrezas y habilidad en el desempeño del propio trabajo aún tenían cierta significación. Con la automatización y robotización todo ello está fuera de lugar pues lo que tales modos de labor asalariada necesitan son lo que se ha denominado empleados-simios, individuos aptos para realiza tareas ultrasimplificadas, repetitiva y monótonas, efectuadas sin comprender nada y sin pensar en absoluto. Dicho de otro modo, el nuevo capitalismo necesita seres nada perfectos, robots carentes de cerebro, a lo que no se adecuan los veteranos trabajadores con oficio y orgullo por la tarea bien hecha. La gran empresa capitalista actual pretende conseguir aquel tipo de operarios incorporando a los desventurados emigrantes a las nuevas tareas productivas, explotando su desamparo, marginalidad, miedo, pobreza, desorganización y aculturación. Puesto que los emigrantes llegan a chorro, el Estado ahorraría grandes cantidades de recursos financieros si los antiguos trabajadores fueran más activos y rápidos en morir. Claro que siempre se les puede echar una mano si haraganean y se retrasan... Esto es escalofriante, en efecto, pero una vez que el capitalismo convierte a los seres humanos en mano de obra suceden inevitablemente diversos tipos de monstruosidades.

Este asunto, como se ha dicho, repite, por un lado, lo efectuado con los indios norteamericanos que no había superado la fase de cazadores y recolectores, y que por eso no servían para el trabajo

esclavo ni para el neo-esclavo, el trabajo asalariado. Ello llevó al despiadado aparato estatal de EEUU surgido de la victoria de la Unión en la guerra de Secesión a planificar su aniquilación, que debía hacerse con operaciones de policía y militares, en efecto, pero sobre todo por procedimientos “suaves”, indirectos y astutos, de tal manera que fueran los indígenas los que aparecieran como agentes principales de su propia destrucción. En esa canallesca tarea los misioneros laicos del progresismo, predicando a los pueblos indios su perversidad, inadecuación e inferioridad, desempeñaron un papel de notable importancia, el mismo que realizan hoy las jaurías de las religiones políticas, cada día más feroces y desalmadas porque cada día reciben más dinero del Estado y la gran empresa por su genocida proceder.

Por otro lado remite a lo que sucedió con la revolución industrial, con la cual los artesanos, verdaderos virtuosos, maestros y además artistas en sus respectivos oficios, se vieron arrojados de golpe al arroyo de la pobreza extrema, el trabajo poco creativo incesante por salarios de hambre y a la muerte prematura. La revolución industrial fue la venganza de la burguesía contra quienes durante decenios la habían hecho frente escudados en las habilidades y los saberes de los oficios. La máquina de vapor, ese sombrío emblema del progreso, resultó ser el arma todopoderosa con la cual el capitalismo concentrado ajustó cuentas con ellos, como la automatización y la robótica son la herramienta con la que el capitalismo globalizador hiper-concentrado desea escarmentar a una clase obrera que la ha infringido muchas derrotas, aunque todas parciales y ninguna definitiva, pues no ha logrado hacer la revolución. En lo que está pasando hay mucho de venganza, de resarcirse por tantos años de no poder consumir el programa máximo del gran capitalismo debido a la resistencia, no revolucionaria pero sí parcialmente exitosa, de un proletariado, el de EEUU, que tiene en su haber luchas de significación planetaria, como la del 1 de mayo, día de la clase obrera, y la del 8 de marzo, día de la mujer trabajadora.

No menos peso poseen las causas políticas. Si el triunfo de la Unión en 1865 fue un golpe concluyente al ideario fundacional de EEUU, pues dejaba maltrecha su categoría central, la de libertad, la situación actual, con los enormes cambios en la base de la sociedad que han tenido ya lugar, demandan enterrar definitivamente la categoría de libertad por y para el pueblo, con el fin de constituir un régimen político de tiranía perfecta. ¿Qué cambios son esos? Esencialmente trece. El dominio de la sociedad por el aparato militar, a través del Pentágono; la constitución de un Estado policial en desarrollo; la elevación del régimen impositivo y tributario a elemento decisivo de la economía; la constitución de una omnipotente clase funcionarial, estatal, que decide sobre todo y manda en todo; la formación de la gran propiedad privada empresarial mega-concentrada; la creación de un aberrante sistema de adoctrinamiento y propaganda con una fuerza de penetración descomunal; la elevación de la neo-esclavitud asalariado al modo de

trabajar del 99% de la población; la aplicación masiva de las nuevas tecnologías productivas y no productivas, cuya meta es la ampliación del poder de avasallar, controlar y decidir de las élites mandantes; la expansión imperial por todo el planeta, el aniquilador sistema educativo vigente, estatal/privado; la alianza estratégica con el teonazismo musulmán, que incluye hacer del islam la religión del capitalismo globalizador planetario y la nadificación planeada de la persona, desustanciada y envilecida de forma descomunal.

Tales variaciones están en rotunda y antagónica oposición con el ideario de los conocidos como “Padres Fundadores” de EEUU. Ahora se trata de adecuar la superestructura política a las vicisitudes que ha conocido la base de la sociedad. La mejor manera de hacerlo, según los planificadores y estrategias yankis, es aplicando el dicho “*muerto el perro se acabó la rabia*”, que viene a significar la extinción del grupo social que mejor ha conservado, si bien desnaturalizado en buena medida y ya muy escasamente comprendido, el régimen de convicciones que hicieron de ese país una avanzada mundial de las categorías, fundamentales, de libertad personal y libertad colectiva. Con ello se culminará el ciclo iniciado con la victoria de la Unión en la guerra de Secesión, que se cerrará con la instauración de un despotismo político absoluto, ejercido sobre una nueva población, construida ex profeso a partir de la emigración y con el islam como religión de Estado, obligatoria.

La llegada de Donald Trump a la presidencia de EEUU se ha sustentado, en buena medida, en una supuesta denuncia de la política exterminacionista que está padeciendo la población trabajadora blanca. En realidad aquel demagogo y charlatán lo que ha hecho ha sido sentar las bases para que dicha política pueda seguir siendo realizada incluso con más brío y eficiencia. Al presentarse como campeón de la resistencia a ella ha logrado, por el momento, desmovilizar parcialmente a sus víctimas, a las que ha convencido de que tienen que delegar sus problemas en las instituciones en vez de resolverlos por sí mismas, lo que crea las condiciones óptimas para que el proyecto genocida continúe avanzando. Además, cuando lleva ya más de medio año en el gobierno no ha tomado ninguna medida favorecedora para los trabajadores blancos, ni ha derogado ninguna de las que les ahogan y laminan. Trump es un exterminacionista más, y de los más agresivos, que ya lo están comprendiendo algunos sectores que, inocentemente, creyeron en él. Esto abre un periodo de ruptura entre el pueblo estadounidense y las instituciones que es esperanzador, pues objetivamente resulta beneficioso para la expansión del programa y proyecto revolucionario.

El errático y caótico actuar de Trump desde la presidencia no puede explicarse a partir de sus limitaciones personales. Manifiesta la confusión estratégica en que está atrapado el Estado de EEUU, que no logra establecer, por el momento, una estrategia coherente,

condenándose a dar palos de ciego en diversas direcciones sin avanzar hacia ningún lado. Desgastado y quebrado el progresismo, como política y como ideología para el control popular, que ha sido el instrumento del poder USA desde 1945, no ha conseguido aún establecer otro nuevo. Importante es señalar que en la fractura de aquel credo maléfico el mérito principal lo ha está teniendo la gente de la calle, que ya no puede soportar ni al progresismo ni a su casta sacerdotal todopoderosa, la progresía. Eso contribuye a agravar las contradicciones del sistema.

Por ejemplo, para afirmar un nuevo ciclo de poder imperial que otorgue a EEUU otros cien años de dominio del planeta necesita hacer, según se ha expuesto, una limpieza racial descomunal, llevando a la mayoría/minoría blanca a su extinción de facto. Pero, por el momento no puede avanzar demasiado en esa dirección por dos motivos. Uno es que aún depende de ella para reclutar una parte sustancial de los mandos, oficiales y tropa de su ejército, pues éste sigue siendo multirracial y los negros, ellos y ellas, racistas y belicistas no pueden, todavía, crear un aparato militar exclusivamente suyo, por motivos de número. Por otro, la puesta en evidencia del programa exterminacionista, que es monstruoso, puede originar una insurgencia no sólo de la población blanca sino del resto de las etnias en sus sectores libres de racismo. En este torbellino de contradicciones marcha a trompicones Trump, lo que le hace incoherente hasta lo ridículo, y le convierte en un mandatario que no sabe qué hacer y en qué dirección moverse. En un demagogo paralizado.

Conclusiones

El Estado es poder, poder puro, poder sin adherencias, sólo poder. No es ni de esta raza ni de la otra, ni de este sexo ni del otro, ni de esta religión o de la otra. Es de sí mismo y para sí mismo, con dos únicas metas: 1) preservarse, 2) incrementar su capacidad de mandar y ordenar, contra el pueblo en el interior y contra las potencias rivales en el exterior.

Hasta ahora se decía que en EEUU el poder era de los “blancos, anglosajones y protestantes”, pero la verdad es algo diferente: el poder del Estado en EEUU durante un tiempo se ha servido de los blancos, anglosajones y protestantes, pero si cambian las circunstancias se valdrá de otros grupos sociales, pongamos por caso, de los “negros, multiculturales y musulmanes”. Hacia eso vamos. La preeminencia de los blancos está en declive en todo el planeta, y en ello no hay nada de malo, pues no debe haber etnias hegemónicas. La inquietud se manifiesta en que emerjan nuevas razas “superiores”, y que el declive de los blancos lleve a su marginación y persecución, lo que puede evitarse desde ahora combatiendo el racismo antiblanco que es sobre todo sostenido por gente blanca, en concreto por los estrategas, políticos “radicales” y portavoces del poder/poderes. Ello se debe a que las elites, todavía blancas, necesitan del concurso de otras etnias, a las

que han de ofrecer privilegios para que se sumen a la tarea de mantener y robustecer el sistema de poder.

Lo expuesto para el poder político, el más decisivo, vale exactamente igual para el poder económico, para el gran capitalismo.

Los racistas decimonónicos y los nazis creían en la guerra de las razas. Exponían que unas razas ascienden y otras descienden, unas triunfan y dominan a las vencidas, a las que explotan. Las que ganan son las mejores. Es verdad que en la historia hay contiendas de razas, como hay guerras terribles entre pueblos que no poseen diferencias raciales perceptibles. Por ejemplo, el conflicto entre alemanes e ingleses, que tan embarazoso fue para la teoría racial nacional-socialista, pues la refutaba, o las guerras incesantes, arrasadoras, para la captura de esclavos de los Estados negreros africanos. El racismo falla en adjudicar superioridad biológica a una raza determinada pues es obvio que la humanidad es étnicamente única, y en poner la guerra racial como centro, sea de palabra o de facto. El conflicto decisivo está entre los dominados y los dominadores, entre los que realizan su libertad despojando a otros de ella, con el Estado, y quienes necesitan conquistar la libertad para afirmarse y ser. Pero no se puede incurrir en ingenuidades: hay racismo y hay racistas, muchísimos, cientos de millones, como quedó claro en el caso Obama, y observamos que las razas antaño sometidas se preparan para hacerse ahora dictatoriales. Esto es bastante común en la historia: los oprimidos se convierten en opresores, los dominados en dominadores, los exterminados en exterminadores y los explotados en explotadores. Es necesario admitirlo para evitarlo.

Por encima de todo ello está el conflicto entre los que mandan y los que son mandados, y los que trabajan para otros y son así explotados. Está el Estado y están las clases sociales. En ello reside lo importante. Y las clases sociales hoy, en un mundo globalizado, son multirraciales, lo mismo las opresoras que las oprimidas, lo mismo los poderhabientes que el pueblo. Nada hay en común entre los multimillonarios negros, en general nuevos ricos dados a la ostentación y al despilfarro, y los humillados y hambreados asalariados negros que trabajan por un sueldo mísero en los establecimientos de comida rápida. Si, tienen en común el color de la piel pero eso es todo, y eso es irrelevante. No hay “solidaridad racial” ni “hermandad racial” salvo como retórica.

En esto, igual que en tantos asuntos, cabe elección. Se puede optar por el racismo, lo que significa diferenciar entre “nosotros”, los destinados a mandar y a enriquecerse, y “ellos, los condenados a ser dominados y explotados. Todo racismo, da igual si es ofensivo o defensivo, establece, por su propia condición, un régimen de poder y de propiedad privada concentrada, por eso el ideario revolucionario no puede ser racista ni conciliar con los racismos, con ninguno de ellos.

Es, por su misma naturaleza, universalista, haciendo de la categoría de ser humano la decisiva. Para quien escoge la revolución hay seres humanos y nada más, negando toda importancia a los rasgos étnicos. Unifica al género humano en torno a unas categorías globales, en primer lugar la libertad. Eso no significa que niegue la variedad y pluralidad ni que se tenga una idea uniformista, sino que desea agrupar a gentes de todas las razas en la tarea de crear una sociedad mundial de la libertad, como autogobierno, centralidad de la persona y autogestión.

En la difícil situación en que están las gentes blancas pobres de EEUU lo primero a señalar es que el proyecto para su aniquilación lo han hecho principalmente personas blancas, que, además, son por el momento, las que más están trabajando en realizarlo. Eso hace saltar por los aires toda forma de exclusivismo racial. Y dentro de la población afroamericana hay, en efecto, una extensa minoría racista, que coincide con la más codiciosa y admiradora del capitalismo, pero existe otro sector que no lo es, que comparte la noción del universalismo humano y está dispuesta a pelear para que los blancos de escasos recursos no sean aniquilados.

Los blancos tienen que alcanzar por sí mismos dos conclusiones decisivas, además de las ya expuestas. Una es que deben repudiar absolutamente a la escoria racista blanca, de los neo-nazis al Klan. Tales son agentes del Estado, literalmente, financiados y pagados por agencias militares y policiales, o sea, la misma chusma autoritaria y tiránica que ha planeado y está ejecutando la operación exterminacionista. El actuar de la gente blanca tiene que estar inmaculadamente libre de racismo, de todas las formas de racismo. El combate por sobrevivir y conquistar el derecho a seguir siendo en tanto que comunidad humana singular ha de realizarse en el marco del universalismo y el antirracismo. Por supuesto, no del "antirracismo" de los negros y blancos racistas antiblancos sino en el del antirracismo sin comillas. A ello ayuda el que el programa de exterminio se dirija también contra un sector no pequeño de trabajadores negros que comparten las condiciones de vida de los blancos.

La segunda reflexión añadida es que las causas del aberrante programa de exterminio son muy profundas, pues resultan de las condiciones mismas del modo de producción capitalista en la etapa actual y de la configuración del poder estatal en un país convertido en campeón del imperialismo, EEUU. Por ello la solución tiene que ser revolucionaria, pues sólo una revolución de naturaleza popular, integral y comunal, puede eliminar las causas de tal proyecto hiper-perverso. Su intención es, al parecer, realizar éste en unos 25/30 años. Ése es un tiempo largo, apto para en algún momento de él atreverse a dar el salto a la revolución. A ello ayuda la monstruosidad misma del plan: cuanto más enloquecidos sean sus fines más personas y colectivos se irán oponiendo a ellos.

El monstruoso y gigantesco programa exterminacionista en ejecución puede ser la tumba del imperialismo, el militarismo y el capitalismo USA.

Hay una tercera cuestión, que es la de la responsabilidad individual y el esfuerzo personal. No todo es *política*, el individuo cuenta y la virtud personal y la virtud cívica son decisivas. En la porción mejor de los orígenes de EEUU esta una voluntad formidable de auto-perfeccionamiento individual, de hacerse más morales cada día como personas, avanzando paso a paso por la senda de la virtud individual. La demencia politicista de la modernidad ha arrasado todo ello, para hacer triunfar la iniquidad administrativa, legicentrista, monetizada y policiaca. Pero eso es el universo del totalitarismo, de modo que la sociedad de la libertad que se propuso ser EEUU en sus orígenes lo rechazó, otorgando a la soberanía del individuo sustentada en sólidos fundamentos axiológicos un significado fundamental.

Ahí está el texto de Benjamín Franklin **“El libro del hombre de bien. Plan de mejora moral”** para probarlo. La revolución ahora en curso en EEUU tiene, también en esto, que volver a los orígenes, aunque recreándolo todo conforme a las condiciones de nuestro siglo. No está de más recordar que Franklin fue un activo partidario de extinguir el sistema esclavista, siendo elegido en 1787 presidente de la *“Asociación para Promover la Abolición de la Esclavitud”*. Emociona leer que, en su lápida, quiso que fuera citado el oficio productivo con que se había ganado la vida honradamente, el de impresor, lo que es una herencia del monacato cristiano revolucionario. Al vivir del propio trabajo no necesitaba de la esclavitud, es más, la tenía por una aberración a eliminar... Interesante es también la obra escrita y la ejecutoria política de otro de los “Padres Fundadores”, John Adams, que prestó mucha atención a la noción de virtud cívica y su práctica vivencial. Adams repudió rotundamente la esclavitud y se negó siempre a poseer esclavos, logrando que en su Estado, Massachusetts, fuera aquella abolida en una fecha tan temprana como 1780.

Así pues, la revolución en ese país hoy tiene que tener mucho de vuelta al ideario original del proyecto fundacional de EEUU, crear una sociedad de la libertad para todos, sin aparato estatal ni propiedad privada concentrada, con valores, ética y calidad autoconstruida de la persona. Por supuesto, en aquél hay que eliminar sus rasgos negativos, el esclavismo por ejemplo, lo que también debe llevar aparejado que el futuro proyecto esté libre de lo que es la continuidad y reafirmación del esclavismo, el trabajo asalariado, por tanto, del capitalismo.

